

ERIKA STOCKHOLM

ILUSTRACIONES DE ROXANA VÁSQUEZ

**PABELLÓN
Y SU GRAN NARIZ**



**UNHCR
ACNUR**
La Agencia de la ONU
para los Refugiados

ERIKA STOCKHOLM
ILUSTRACIONES DE ROXANA VÁSQUEZ

PABELLÓN Y SU GRAN NARIZ



Mi nombre es Pabellón y soy un perro sabueso.

Yo no escogí mi nombre..., me lo pusieron. Es que el pabellón criollo es mi plato favorito, y el favorito de la mitad de los venezolanos. Me lo devoro en un segundo, lamo hasta el último rastro de carne mechada, relamo cada tajada de plátano frito y, al final, me como cada una de las carauticas (frejoles)..., humm, ¡las adoro!, aunque después me den peditos, pero me escapo de ellos y dejo el olorcito al resto. ¡Guau, guau, guau! Qué hambre me da de solo pensar.



Hace tiempo que no como nada de eso. Como ya dije soy un sabueso, o sea, que tengo una gran nariz y un gran olfato. Puedo encontrar una hormiga en medio de la noche, puedo reconocer un pedazo de galleta de vainilla a diez casas de la mía, puedo detectar un niño sin bañarse a un kilómetro de distancia, y hasta puedo oler las mentiras (huelen a zorrillo con pescado), pero bueno..., basta de hablar de mi nariz. También

tengo un oído afinado. Y soy inteligente, entiendo las cosas que los humanos hablan, al menos eso creo, aunque ellos no me entienden siempre a mí.

Mi mejor amiga tiene diez años. Se llama Martica y ella sí me entiende. Mi familia y yo vivíamos en una tierra que tiene mar, selva, desierto y montañas. ¡Sí, todo eso! Se llama Venezuela. A mi familia humana le encanta vivir ahí, pero de un momento a otro las cosas se pusieron difíciles.

Juan, el papá de mi Martica, se quedó sin trabajo y no pudo conseguir otro.

Sin trabajo, no había dinero, y eso era necesario para Juan. Siempre decía que todo estaba caro y que el poco dinero que tenía no alcanzaba para nada. Entonces empezó a faltar la comida. Yo los acompañaba a hacer largas filas para conseguir un poco de pan y arroz, pero no era suficiente.

Comíamos muy poco, algunos días solo alcanzaba para el almuerzo. Martica empezó a adelgazar y ya estaba muy flaquita.

Teníamos mucha hambre.



Un día Juan, harto de la situación, salió a protestar a la calle y regresó con sangre en la cabeza.

—Papá, ¿qué te pasó! —dijo Martica, dando alaridos.

—Vaya golpe que me dieron por reclamar, mi hijita. No podemos seguir aquí. La situación se ha vuelto peligrosa. ¡Imagínate si te pasa algo!... Tenemos que salir de aquí.

A mi familia no le quedó otra salida que tomar una drástica decisión: dejar Venezuela e ir a Perú, en busca de una mejor situación. Yo estaba encantado con la idea, no me importaba a dónde ir mientras estuviera junto a mi familia humana, pero, había un problema, la abuela no quería dejar su casa y sus recuerdos.

Así que la familia escogió por mí...

—Que Pabellón se quede y acompañe a la abuelita, así ella no estará sola. Cuando todo mejore podremos volver y estar juntos otra vez —anunció Juan, mientras Martica me daba un largo abrazo.

Y así, Martica cogió su peluche favorito (un tigre cabezón, azul, de ojos amarillos y nariz con purpurina), su diario, y la foto de su mamá. Metió todo en su mochila y lo demás se quedó en su habitación.

Deseé ser ese tigre cabezón.

—Tú sabes que lo que más quiero es llevarte, pero no podemos dejar a la abuelita sola. Cuídamela mucho, chamo —me dijo, mientras me abrazaba y lloraba—. Te amo.

Una noche, Juan y Martica partieron con dos maletas y una mochila.

—¡Adiós, Pabellón!

—¡Aouuu! —mi aullido de lobo llenó mi casa solitaria. Cuando se fueron, corrí a la cama de Martica y enterré mi nariz en su almohada.

Todavía olía a ella.



Poco tiempo después de la partida de mi familia, todo se complicó en casa. La abuela se enfermó. Un día, amaneció con fuertes dolores, así que fuimos al hospital.

—Lo siento, señora, pero no hay medicamentos —le dijo, afligida, la enfermera—. Vaya a su casa y trate de descansar.



—¿Cómo que no hay medicamentos? ¿Cómo se supone que me voy a curar? ¡Esta situación va a terminar por matarnos a todos! —se lamentó la abuelita—. ¡Vámonos a casa, Pabellón, que aquí no hay nada!


Días después, la abuelita empeoró. Una noche oscura, oscurísima, sentí un olor como de almendras que venía de su cuarto. Me acerqué intrigado. Entré y saludé moviendo la cola para que ella se ponga feliz, pero... no se movía. Salté a su lado, y le lamí las manos, la cara, las orejas, pero nada. Entonces entendí que la abuelita se había dormido para siempre.

“¡Aou, aou, aouuu!”

Mi aullido llevó mi lamento por toda la casa, por toda Venezuela, por toda Colombia, Ecuador y seguro que llegó hasta Perú.

Sin la abuelita a quien cuidar, y con la barriga vacía que me crujía como un sapo, no me quedó otra opción que ir a buscar a mi familia humana. Como yo no tengo zapatos, ni abrigo, iba ligero.





En el camino, mi estómago me recordó que no había comido nada en días. Gracias a mi buena nariz de sabueso encontré unos tostones (plátanos machacados) escondidos tras un basurero que aliviaron un poco mi hambre y mi tristeza. Mientras comía, observé a unos caminantes que iban con mochilas y cargaban un mapa.

Con mi oído afinado escuché que hablaban del Perú. "Ahí está mi familia", pensé. Así que decidí seguir a los mochileros. Llegamos a un puente donde había una fila cien veces más larga que la de comprar el pan. Me escurri entre las personas. Había unos hombres muy serios que cuidaban el paso con ceño fruncido.

estiraban los brazos para mostrar sus documentos. Había tanta confusión que nadie me vio. Me alegré por mí, pero a lo lejos vi que a esos caminantes con mochilas, a los que yo había perseguido, no los dejaron pasar y los empujaron hacia un lado.

La gente que logró cruzar el puente empezó a caminar en una sola dirección.

Todos llevaban maletas parecidas a la que se llevó Martica, así que decidí seguirlos. Después de varias horas, llegamos a un terminal de buses. Había tanta gente que temía que me pisaran. Había mucha bulla y confusión. Me hice a un lado y fui hacia la pista. Me quedé parado entre los coches que pasaban. Estaba aturdido, hasta que me gritaron por la ventana.

—¡Documentos! ¡Documentos en la mano!, sino, no salen de Venezuela —gritaba el hombre que olía a zorrillo y a pescado.

Como yo no tengo documentos, y como le huyo a ese olor pestilente, me escurri entre las piernas de unas señoras que

—¡Muévete, perrito, te van a atropellar!

En el terminal, la gente mostraba un papel y subía al bus. Yo traté de subir, pero el cobrador me empujó a un lado.

—Sal de aquí, perro. Este no es un bus para mascotas.

Me bajé con la cola entre las patas. Pensé por un segundo regresar hacia Venezuela, pero después me acordé que no tenía a nadie allí, así que encontré una solución.

Vi que había un lugar para las maletas en la "barriga" del bus. Subí rápido y me escondí entre ellas. Nadie me vio. Ahí me quedé, quieto. En el fondo del bus había unos agujeros por donde entraba el aire y, a través de ellos, pude ver cómo me alejaba más y más de mi casa.

Muchas horas después, el bus se paró. Yo no sabía dónde estaba. Todos los pasajeros comenzaron a bajar y abrieron el sitio de las maletas.

Salí disparado, así como cuando me pica una abeja. Hacía muchísimo frío, así que, para calentarme, caminé rápido hacia donde iba la gente. También tenía hambre, pero sobre todo sed.

Me acerqué a una familia para ver si me podían invitar algo para comer, pero yo no era el único con un sapo en el estómago. Los niños lloraban de hambre. Nadie tenía comida.

Se formó otra fila. Esta vez era mil veces más grande que la fila del pan. La gente hablaba entre sí. Decía que estábamos en la frontera más difícil, la de Colombia con Ecuador. En la fila algunos estaban echados en el piso, sobre todo los viejitos. Me asusté porque olía como almendras, igual a como cuando la abuelita se durmió para siempre.

Unos señores con chalecos azules se acercaron con comida para algunas personas. No era tanto, pero alivió a varios niños. Tuve suerte cuando una niña se acercó y me puso un plato con agua. También me invitó un pedazo de pan, ¡era el pan más rico que había probado en mi vida!

De pronto, unos adultos empezaron a perseguirme. Querían poner una soga en mi cuello para llevarme. Salí despavorido y, por más que trataron de acorralarme y de atraparme entre varios, no me dejé. Yo quería encontrar a mi familia, volver a ver a mi Martica y a Juan. Necesitaba llegar a Perú.

El frío hacía que no sintiera mis patitas. Así que nuevamente me metí en la "barriga" de un bus. Y así, así... fui avanzando, y bajando y subiendo a los buses donde se subían mis paisanos.



GRAN TERMINAL TERRESTRE Plaza Norte

Gracias a mi gran nariz siempre encontraba algo que comer, aunque tuviera que subir en un camión de basura. A veces ahí también se encuentran cosas sabrosas.

Así pasaron los días y noches, noches y días, días y noches. Comía cuando podía y dormía en las panzas de los buses.

Y cuando pensaba que nunca iba a llegar a ninguna parte, el bus frenó fuerte, escuché un sonido de aire "psssss", la puerta de pasajeros se abrió y un hombre gritó:



—¡Plaza Norte! Señores, llegaron a Lima, Perú.
¡Suerte en sus nuevas vidas! ¡Su tique en la mano, señores, para darles su equipaje!

Me senté derecho y atento, hasta que abrieron la compuerta.

¡Y este perro! ¿Qué hace aquí?
¡Agárrenlo!

Salí a toda velocidad y corrí en zig zag.

"¡Guau! ¡Guau! Los perdí de vista", pensé.

Me metí por una calle pequeña sin salida. Ahí me encontré con dos perros machos que rodeaban a una perrita sin pelo que los miraba con ojos asustados.

—¡Déjenla! ¡Fuera de aquí!
—les grité (en mi idioma, claro...).



—Y este pata, ¿de dónde apareció?
¡Grrr! ¿Quién te crees tú? ¡No eres del barrio, largo de aquí! —me insultó uno mientras me mostraba los colmillos.

—¡Hay que sacarle el ancho a este, pa' que aprenda! ¡Grrr!
—alcanzó a decir el otro antes de que se me tirara encima y diera mordiscos.

La perrita aprovechó para huir. Y estos, al rato, se fueron.



Me quedé solo y adolorido. Tenía heridas. Caminé apoyándome a las paredes para no caerme. Volví a la terminal de bus. “Dónde estará mi Martica y Juan”, pensé.

Estaba en esos pensamientos cuando sentí que alguien venía por detrás. Me levanté de un salto.

—Hola, ¿cómo estás? ¿te hicieron mucho daño? —preguntó la perrita sin pelo de hace un rato, luego soltó una bolsa con comida que traía en el hocico—. Es una comida muy sabrosa: causa de pollo. Te lo traje del tacho del restaurante criollo de la esquina. Cocinan rico. Prueba... —me dijo, y empujó la bolsa de comida hacia mí—. Ah, y gracias por sacarme a esos dos.

La causa estaba riquísima. Tan rica como el pabellón criollo. Descansamos un rato. Le conté mis cosas, mi historia con Martica y sobre mi vida en Venezuela.

Ella me contó sus historias y me dijo su nombre: La Vicky..., me sonó elegante.

Cansados, La Vicky se quedó dormida bajo un bus. Entonces, aproveché para ir de inspección. Olisqueé cada rincón de la estación de buses hasta que llegué a un olor familiar. Inspiré profundo, acerqué mi nariz al borde de la vereda. Me concentré. Sí, era Martica, encontré el olor de Martica. ¡Lo sabía!: Martica se había sentado ahí. Mi nariz nunca mentía. Di un salto. La Vicky otra vez estaba detrás de mí.

—¿Siempre asustas así a los perros?

—¡Ja, ja, ja! ¡Guau, guau! Tú que eres miedoso. ¿Qué estás buscando?

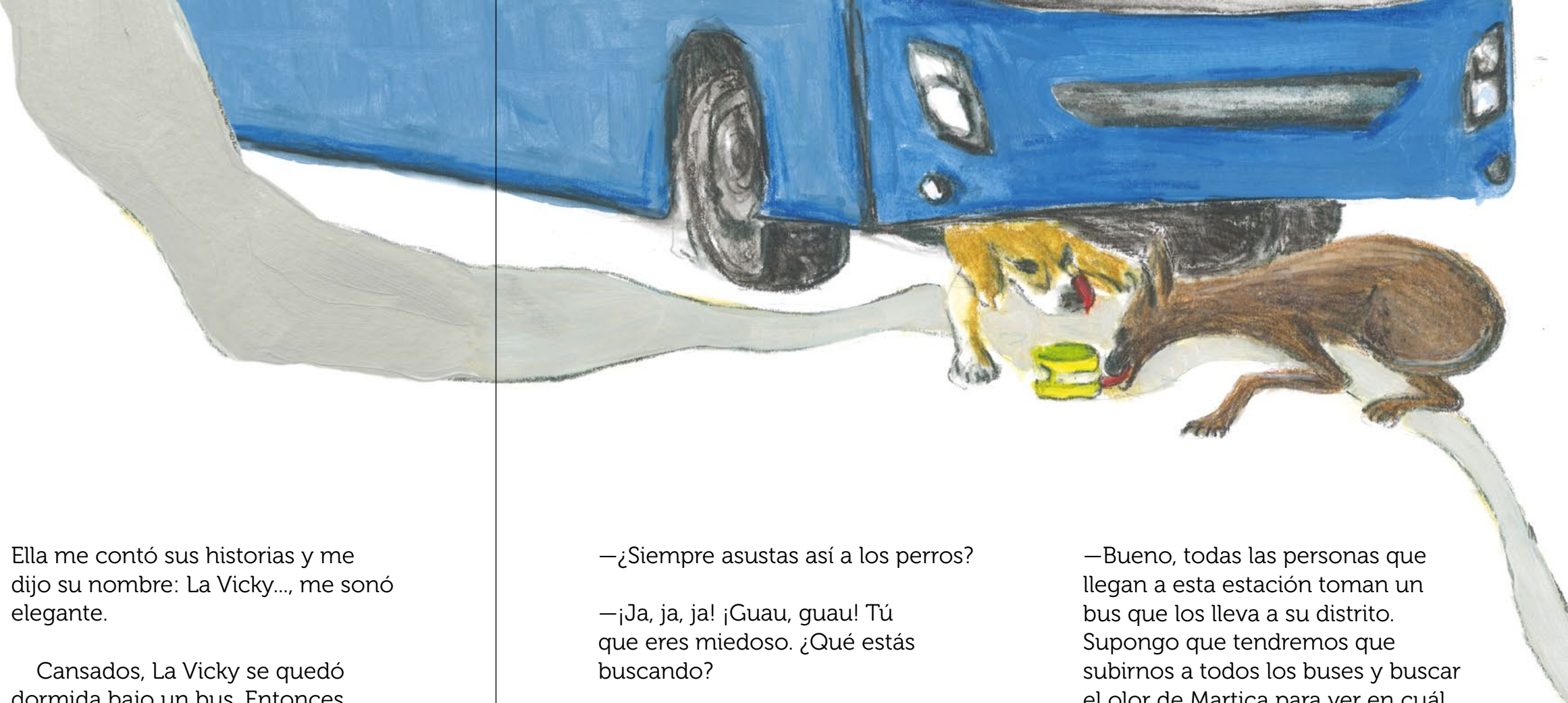
—Huele esto —le mostré a La Vicky el olor en la vereda—. Necesito encontrar a esta niña.

—Mmm, está bien. ¡Pabellón y La Vicky al poder! ¡Ahí vamos!

—Sí, sí, ahí vamos, pero ¿a dónde? —pregunté.

—Bueno, todas las personas que llegan a esta estación toman un bus que los lleva a su distrito. Supongo que tendremos que subirnos a todos los buses y buscar el olor de Martica para ver en cuál se fue.

Desde muy temprano, nos subimos en diferentes buses. Nos metíamos por la puerta trasera. Nos botaban, pero nos volvíamos a subir en la siguiente parada. Nosotros corremos más rápido que los buses que paran en cada esquina.





Así pasaron días y noches, noches y días. Un día, nos subimos a un bus y, en uno de los asientos, reconocí el olor de Martica. Al lado sentí el olor de Juan. Pero ese bus iba por toda la ciudad. Así que el vehículo estaba localizado, pero no sabíamos dónde ellos se habían bajado. Entonces, tuvimos que parar en cada estación, una a una, para seguir investigando. Hasta que...

—¡Siento su olor! —ladró, emocionada, La Vicky—. Ja, ja, ja, tú eres el sabueso, pero mi nariz no está nada mal.

—Es cierto —contesté e inspiré profundamente.

Comencé a seguir su aroma, iba de izquierda a derecha, de derecha a izquierda y La Vicky me seguía, abanicando su cola.

—¡Au!, La Vicky, me has dado un latigazo.

—Perdón, mi cola es así, y estoy emocionada, no puedo evitarlo —dijo, y al segundo me cayó otro latigazo de La Vicky.

El olor nos llevó por pistas, veredas, un acantilado, una carretera, y una playa de rocas. Comencé a dudar. Vi a lo lejos un color azul encendido, me fui acercando y otra vez el aroma se hacía más fuerte. ¡Era el peluche de Martica! El tigre cabezón, azul, de ojos amarillos y nariz con purpurina. Pero ¿Martica y Juan? No los veía.

Aullé como un lobo.

Me eché junto al tigre cabezón y apoyé mi hocico sobre él. La Vicky se acurrucó junto a mi.



—Pabellón, deben de estar por algún lado.

—Imposible. El olor se pierde aquí, junto al peluche. Me quedé solo, La Vicky. Ay, qué pena tan grande. Perdí a mi Martica, a mi familia, perdí mi casa, lo he perdido todo.

El sonido del mar se arrastraba por las piedras.

—No estás solo, Pabellón, me tienes a mí —me dijo La Vicky con sus grandes ojos saltones—. Aquí harás nuevos amigos. Lima es una tierra bonita. Te voy a llevar para que conozcas cada rinconcito donde se encuentra comida.

Me emocioné, pero no pude evitar dar un largo aullido.

—¡Aou, aou, aouuu!



De pronto, escuché una voz que erizó mi cola.

—¿Pabellón? ¡Pabellón! ¡Mira, papá, es Pabellón!

No lo podía creer, ¡era Martica que salía del mar! En ese momento, Martica tiró su flotador en la orilla y corrió hacia mí. Juan venía detrás.

—¡Pabellón! ¡Eres tú de verdad! —gritó Juan.

Nos abrazamos emocionados. Yo movía mi cola sin control. Martica se tiró al piso y rodó entre las piedras conmigo.

—¿Has venido hasta acá? Esto es insólito. Esto es inédito. Esto es... ¡una maravilla! —dijo Juan, emocionado.



—Los vecinos nos contaron lo que pasó con la abuelita, pero nos dijeron que tú habías desaparecido —me explicó Martica, entre lágrimas.

—¿Y esta perrita de bellos ojos, quién es? —preguntó Juan.

La Vicky abanicó su látigo, adulada.

—Sospecho, papá, que ahora somos más en la familia.

Martica recogió su peluche y me acarició la cabeza. Ahora, por fin, juntos, nos preparamos para conocer nuestro nuevo hogar.

Hoy empieza una nueva aventura.

FIN.



A Toby y Luna, los perritos que inspiraron este cuento.

Título: Pabellón y su gran nariz

Autora: Erika Stockholm

Ilustradora: Roxana Vásquez

Diagramación: Natalia Romero

Corrección: Fiorella Bravo

Conversión ebook: Apollo Studio

Editado por:
La Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR)
Av. José Pardo 1540, Miraflores
Lima, Perú

Primera edición - agosto 2019
Primera reimpresión - noviembre 2019
30,000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N°2019-10683

Se terminó de imprimir en agosto del 2019 en:
FORMATOS IMPRESOS JV S.A.C.
Av. Buenos Aires 1680 - 1684
Bellavista - Callao

ERIKA STOCKHOLM

Peruana, escritora de literatura infantil y juvenil, guionista, productora teatral, actriz, cuentacuentos, presentadora de televisión y presidente de la Asociación Cultural ¡Al teatro por primera vez!, orientada a llevar a niños de escasos recursos y de poblaciones vulnerables al teatro por primera vez.



ROXANA VÁSQUEZ

Peruana, artista plástica, dedicada a la educación artística desde 1999, con experiencia en la aplicación e implementación de todos los programas del Bachillerato Internacional en Artes Visuales en la Escuela; programa del Diploma (DP), Programa de los Años Intermedios (PAI) y programa de la Escuela Primaria (PEP).

**"MI NOMBRE ES PABELLÓN Y SOY UN PERRO
SABUESO. YO NO ESCOGÍ MI NOMBRE...
ME LO PUSIERON. ES QUE EL PABELLÓN
CRIOLLO ES MI PLATO FAVORITO..."**

Con el apoyo de



ACNUR, la Agencia de la ONU para los Refugiados, ha ayudado a millones de personas a recomenzar sus vidas. Estas incluyen a personas refugiadas, retornadas, apátridas, desplazadas internas y solicitantes de asilo. Sus labores de protección, albergue, salud y educación han sido cruciales, ayudando a restaurar pasados destruidos y construyendo futuros más prometedores.